

ANDRES F. PONTE

Tema: "Pérdida de la Isla de Trinidad".

9 de mayo de 1919

Señores Académicos:

Os manifiesto mi profunda gratitud por el honor que me habéis conferido. Corresponderé a vuestra elección con mis humildes esfuerzos y amor a la Patria y su historia.

Vengo a tomar posesión, en esta ilustre Academia, de un sillón al que opté sin tener méritos para ello, que ocuparon los doctores Julián Viso y Rafael López-Baralt y para el cual estuvo electo el doctor José Manuel de los Ríos y Fortique.

Viso: el distinguido hombre de leyes, comentador del gran Aranda y autor de obras notables; estadista y diplomático de relieve, que desempeñó el Ministerio de Relaciones Exteriores, el Ministerio de Relaciones Interiores y condujo, con acierto, negociaciones en el importante asunto de límites con Colombia.

Ríos: el médico honorable y sabio, amante de la Historia y biógrafo notable.

López-Baralt: médico, escritor, conferenciante, orador persuasivo y delicado poeta; estadista de nota, que sirvió a la Patria como Presidente de Estado, Ministro de Relaciones Exteriores, Ministro de lo Interior y como diputado y senador en el Congreso Nacional. Fue autor de los interesantes estudios siguientes: *Los Pueblos Aborígenes*, *Las Batallas de Carabobo* y *La Victoria*, *La Gloria de Miranda*, *El Golpe de Estado del 92*, *De Maracaibo a Bogotá*, *Juan Urbe* y muchos trabajos profesionales artísticos y políticos.

Tales fueron mis esclarecidos antecesores, representantes meritísimos de nuestra civilización, a los cuales trataré de no desmerecer. Hombres doctos que concibieron la Historia lo mismo que vosotros, en el sentido original de esa palabra, el mismo significado que le dieron Herodoto y sus predecesores, esto es: investigación para el saber y no la narración de los acontecimientos.

La investigación hace de la Historia una ciencia, y algunas de sus ramas, en que vosotros sois especialistas distinguidos, requieren penosos estudios para interpretar los fenómenos humanos y reconstruir el pasado. Mucho ha progresado la investigación histórica y hoy se lleva a cabo no solamente en la paz del gabinete, de las bibliotecas y de los archivos, sino también en los laboratorios de los geólogos y en lugares como los extensos llanos de Venezuela, donde existen esas notables calzadas o colinas sepulcrales,¹ o en los valles del Orinoco o del Aragua, donde yacen piedras grabadas, algunas de ellas, probables restos literarios de razas autóctonas. Científicos exploran a Venezuela para estudiar en las piedras, en la tierra, en las cavernas, en el fondo de los ríos, en la cerámica y ornamentos y útiles, la historia de esa oscura época que precedió a Colón.

Bello es el encargo de esta ilustre sociedad: estimular y dirigir el estudio de las numerosas ramas,² que forman la ciencia de la Historia y acopiar los materiales que ellas necesitan.

¹ Los "cerritos de los indios", que están al este de Zamora, según Humboldt, son colinas sepulcrales, y según Oramas y Salas, lugares sagrados construidos en elevación para hacerlos accesibles durante las inundaciones periódicas. El terraplén o calzada precolombina que existe entre Barinas y Canaguá tiene cinco leguas de extensión y quince pies de altura.

² Antropología, etnología, arqueología, epigrafía, psicología, filología, sociología, genealogía, heráldica, cronología, diplomática, eufragística, numismática, biología, paleografía, ciencia de pesas y medidas, etc.

Como arte, como producción literaria, nada ha adelantado la Historia. Todavía son modelos Herodoto o Tucídides, que ni Mariana, Macaulay o Baralt han sobrepujado.

Cuando resultan hermanados, como en Herodoto, el espíritu científico con el sentido artístico, la obra es casi perfecta; o, como en Tucídides, más científico aún que en el Padre de la Historia, y cuyo estilo es lo más excelso de la prosa griega.³

No ha mucho vosotros hablasteis sobre la manera de escribir la historia. Indudablemente no es ella mera literatura como se consideró en el Renacimiento. Al historiador se le pide estilo castizo y claro, referencia a todas las autoridades y arreglo lógico; pero se le exige también fondo científico, a más de elegancia literaria.

La literatura, universalmente, tiende a ser más sencilla, más concisa. Hay menos tiempo para detenernos a apreciar giros audaces, arreglos fonéticos de consonantes o vocales; detalles de coloridos del ocaso, luceros y paisajes. Los papeles periódicos nos han acostumbrado a lo sucinto y el público está prevenido contra todo amaneramiento.

La crítica histórica tiene mayor importancia que la forma literaria, y sobre aquélla nos dejó Polibio el gran precepto, que tan pronto como se asuma la actitud moral de historiador, deben olvidarse todas las consideraciones, tales como odio a los enemigos y amor a los amigos, porque a veces hay que ensalzar aquéllos y censurar a éstos; y, que así como se inutiliza una criatura sacándole los ojos, si se le quita la verdad a la Historia no queda sino un cuento muy inútil.

El historiador nunca debe olvidar que los muertos han dejado una huella imborrable en su paso por la vida y que la verdad siempre aparece. Algunos deben meditar aquella famosa frase de Renán: "el error más fatal que puede cometerse es creer que se sirve a la Patria calumniando a los que la fundaron".

Los hacendistas han establecido la crítica histórica exacta, la cual se hace cada vez más exquisita con las nuevas fuentes literarias y arqueológicas. — Al demostrar Karl Marx que las causas de ese proceso de crecimiento que constituye la historia de la sociedad se encuentran en las condiciones económicas de la existencia, dio principio al socialismo, pero también a la crítica histórica científica y exacta.

En estos tiempos de democracia universal la historia sociológica prevalece sobre la política o militar. Hasta hace poco se escribía como historia nacional la de reyes y autócratas. Hoy, aun la de los héroes guerreros y sus hazañas, encuentra escaso público, porque la atención está fija en esa lenta evolución de nuestros pueblos hacia el progreso moderno. Por ejemplo: El Libertador nos interesa hoy no tanto como guerrero, que como legislador y fundador de pueblos e instituciones. Por todo el mundo aparecen estudios sobre las doctrinas de Bolívar, norma de la evolución hacia el progreso y la felicidad de nuestra América como organismo. A pesar de su importancia son escasos los estudios históricos sobre táctica, estrategia o hechos de armas. Las investigaciones históricas, sin duda alguna, son más provechosas cuando se dirigen a las actividades sociales y comerciales, que componen la historia de la civilización. Tal es el cúmulo de material que poseemos, y aumenta siempre, y el método histórico que se sigue en las ciencias y las artes, que ningún historiador aspira ya a ser universal. Cada uno se hace especialista según sus inclinaciones; y sería de desear que no se escribieran sino monografías.

³ La investigación de Herodoto no se limitó a la curiosidad del simple viajero, sino que por todos los imperfectos medios a su alcance comprobaba la evidencia de los hechos y estableció la cronología sobre bases sólidas. Tucídides se burlaba del contador de cuentos que prefería hacer agradable la narración a costa de la verdad y habla del trabajo laborioso de adquirir y confrontar los datos, y de pesar las relaciones en conflicto.

La filosofía de la historia, que trae bajo su inspección la historia humana para juzgarla y completar su obra constructiva, considera los acontecimientos como evolución en que se ve la influencia que, de un modo determinado, ejerce el raciocinio. Interpretando de esa manera los acontecimientos, define la historia Lessing como "la educación de la raza humana". Ya Pascal había dicho que los hombres, durante el curso de los siglos, podían ser considerados como un mismo hombre, que siempre subsiste y está aprendiendo siempre; Bussuet explica la tendencia de la humanidad hacia su perfeccionamiento: es la idea del progreso en la historia de Bodin, Bacon y Descartes: teorías, que alcanzan su completo desenvolvimiento con la evolucionista en la historia natural.

La filosofía de la historia difiere de la sociología en que ésta es una ciencia natural que explica muchos hechos reales, mientras aquélla es principalmente teleológica y especulativa, propia para los pensadores en quienes predominan las galas de la imaginación. Se juzgan las costumbres, las instituciones sociales y organizaciones del estado, según el grado en que contribuyen a la realización del ideal humano; y por eso, no habrá una verdadera filosofía de la historia sino cuando se realice el ideal de que el mundo pueda considerarse como una sola gran nación.

El problema fundamental de la historia es conocer la vida real del hombre, su condición moral, y su destino a través de las épocas, y, así, como dice Artaud, la historia viene a ser una serie de experiencias que el género humano hace sobre sí mismo.

No hay nada más importante para la *historiografía* que las fuentes de la Historia. La literatura en todas sus formas es la fuente principal. La literatura expresa las necesidades morales de un pueblo, los intereses que preocupan a los hombres; manifiesta sus pasiones, sus ideas, y cambia y se transforma con los cambios de la sociedad y las contingencias de la nación. Es el vehículo de las lucubraciones del espíritu. Por ella conocemos la filosofía, la religión, costumbres e instituciones de los pueblos; y nos revela el alma, las tendencias y la imaginación de los hombres, que ahí han dejado su huella en el mundo.

Las fuentes más puras para la historia física y las costumbres no son, en verdad, las obras de los historiadores, sino esa infinidad de documentos escritos sin propósitos literarios ni históricos, que se encuentran en los archivos.

Para la historia de los ideales de la sociedad, del alma de los pueblos, la fuente principal es la literatura propiamente dicha, a saber: novelas, memorias, crónicas, poemas, canciones populares, sermones, cuentos, gracejos y los monumentos materiales de cada época. Los filólogos, esos legisladores de la literatura, al hacer las difíciles críticas textuales, son los que extractan la sustancia histórica que aprovecha el historiador; así como el arqueólogo lee la historia en los monumentos, muebles, medallas, villas e inscripciones.

Hoy, cuando renace la calma en Venezuela, después de tanta guerra fratricida, comienza el gusto, la religión, de conservar los monumentos antiguos nacionales, todo lo que recuerda el pasado glorioso de Venezuela, la cultura y las costumbres de nuestros antecesores. Un personal docto, entendido y laborioso cuida nuestros preciosos archivos, bibliotecas y museos, y nuestras academias seleccionan y reúnen en su seno los civilizadores de cada época.⁴ Glorioso es el fruto que recogen los gobiernos que se interesan en la cultura de los pueblos.

En *El Archivo Nacional*, donde se conservan las inmensas colecciones que constituyen la fuente original más rica para la Historia de Venezuela, he estudiado documentos inéditos, que contienen la historia de uno de los acontecimientos más

⁴ Reconozco que no merezco ser contado entre esos individuos beneméritos.

importantes para nuestra vida nacional por su trascendencia política y económica: LA PÉRDIDA DE LA ISLA DE TRINIDAD. Acontecimiento cuya historia es desconocida y cuyas consecuencias ninguno de nuestros historiógrafos ha considerado; y las meras referencias que de él se hacen por historiadores extranjeros son completamente falsas.⁵

España, que en tiempos de Fernando el Católico tenía veinte millones de habitantes⁶ y con el emperador Carlos llegó a ser dueña del mundo, bajo Felipe II, aunque alcanzó su mayor extensión geográfica, empezó a declinar por el enorme derroche de sus tesoros y la destrucción de la Gran Armada. Inglaterra desde entonces recogió el tridente de Neptuno, y comenzó a fundar su grandeza, que nunca ha declinado.

Cuando el reinado del último austríaco, la población de España había disminuido a ocho millones y la nación había perdido también, junto con su industria y su vigor, gran parte de los dominios europeos.

El primer Borbón entregó lo que restaba en Italia y Flandes, a más de Menorca y Gibraltar, que pasaron a Inglaterra, la cual le arrebató igualmente el monopolio del horroroso tráfico de esclavos con las colonias españolas: el célebre Asiento; y el derecho de establecer factorías en ciertos lugares de la América del Sur y la Central; y el privilegio de llevar a Cartagena de Indias, una vez al año, quinientas toneladas de mercaderías.

Cuando Felipe V se desposó con la Farnesio, ésta pronto intrigó con Alberoni e indujeron al rey a intentar la reconquista de Cerdeña y Sicilia, con el resultado de que España volvió a perder su armada, que le era indispensable para conservar la integridad de su inmenso imperio.

El triste privilegio del Asiento le trajo a España la guerra en 1739. Inglaterra trató de apoderarse de las colonias de América y formó planes, que fracasaron, para atacar el continente hispánico por el este y el oeste al mismo tiempo.

Carlos III comprendía que sólo con la ayuda de Francia podría sofocar la creciente prosperidad de Inglaterra, fatal para España, la cual necesitaba revivir su grandeza naval y colonial, y a esto se debió el *pacto de familia*, que terminó al perder el trono Luis XVI. Después la Asamblea Nacional no quiso ayudar a España en el asunto de la isla Vancouver. Entonces, cuando varias potencias se prevenían para la guerra, España ocultó sus preparativos: el arreglo de escuadras en Cádiz y otros puertos, planes para fortificar varios puntos de las Indias, entre los cuales estaba Honduras, Puerto Rico y Trinidad. Por su parte Inglaterra pensó en atacar las colonias españolas y la medida que consideró más importante fue la de capturar a Trinidad, y con ese objeto organizó

⁵ En el estudio que presenté a la Academia junto con este discurso, refiero con todas sus circunstancias y accidentes *la historia de la pérdida de Trinidad*, para limpiar el nombre español empañado por hombres depravados que dirigían los destinos de España, y por escritores extranjeros interesados en excusar antecesores o compatriotas de otras épocas. Ninguno de nuestros historiadores, como tampoco los extranjeros (EDUARDS, JOSEPH, *True Mulatto*, DRAPER, DESSALLES) relatan la historia de esa desgracia nacional nuestra, excepto el trinitario BORDE. La crítica de este caballero es en extremo parcial y narra la pérdida de la isla haciendo notables omisiones, sin apoyo de ningún documento que lo justifique. Se escuda con la frase "tradición de familia", que nada prueba. BORDE y DRAPER atacan a las autoridades españolas de Trinidad para disculpar por una u otra razón, a los desertores y otros que no quisieron defender la isla. Mi estudio está basado en las declaraciones, hechas bajo juramento, de 24 personas distinguidas, testigos presenciales de los acontecimientos que ocurrieron en Trinidad antes de la capitulación.

⁶ Según el geógrafo Oscar Mac Carthy, la población de España tuvo su mayor densidad al principio del imperio romano cuando se elevó a 40 o 50 millones de habitantes, según cálculos de los profesores Alfred Morel-Fatio y James Fitzmaurice-Kelly. El primer censo de España se hizo en 1594, cuando no tenía la presente extensión territorial. Si se incluyen las provincias que adquirió después, y tiene hoy España, la población para 1700 se estima en 8.206.791 habitantes.

poderosa expedición en Barbadas. Sobrevino, empero, la humillante paz de 1790 y definitivamente perdió España, para siempre, toda esperanza de oponerse al engrandecimiento de Inglaterra. No se fortificó a Trinidad y ésta fue la causa primordial de que la perdiera España en la guerra de 1796.

La isla Trinidad, llamada por los aborígenes Caire o Yere, esto es: Tierra de los Colibríes, dista tan sólo 20 kilómetros del continente, al cual estuvo unida en época remota. Erupciones volcánicas, fenómenos sísmicos y la poderosa acción de las aguas del Orinoco la separaron de nosotros. La cadena de colinas de la isla es prolongación de los sistemas de las costas de Maturín y Cristóbal Colón. Su fauna, su flora y sus minerales son los mismos de esa región de Venezuela. Los indios de Paria y de Guayana eran los habitantes de la isla. El petróleo de Trinidad pertenece a un río subterráneo, que une los depósitos del lago Brea con las fuentes de Pedernales, a través del Golfo.

Trinidad por su posición es la puerta de Venezuela, frente a las bocas del Orinoco y del estado Maturín, cerrando el golfo de Paria, que es un inmenso puerto, de los mejores del mundo, y está llamado a un vasto y lucrativo comercio. Maturín por sus ríos y sus caños se comunica con el interior y por ellos salen los productos agrícolas, minerales y pecuarios de esa zona. Por el Orinoco y sus afluentes descienden las riquezas de la inmensa y preciosa hoya a la cual pertenece casi todo Venezuela y parte de Colombia, y que se une por el brazo Casiquiare con la cuenca del Padre de las Aguas.

Por estas razones, para los dueños actuales de Trinidad es de especial interés la futura opulencia de aquellas regiones, de las más ricas del globo, aún inexplotadas.

Los ingleses, desde muy temprano, vieron "las ventajas físicas de la isla y su posición —dice uno de ellos— como puerta por la cual deben pasar al mercado del mundo la riqueza y el comercio de las fértiles regiones regadas por el Orinoco... y tan eminentemente a propósito para ser el emporio del tráfico entre el territorio venezolano y el mundo exterior... que sugiere, con estímulo tan grande, la posición de Trinidad respecto al país del Orinoco". Y los ingleses decidieron hacer británica, en la primera ocasión, tan preciosa isla.

En 1795 Inglaterra resolvió someter las colonias insurrectas francesas y conquistar las holandesas y las españolas de Guayana, Trinidad y Puerto Rico. Con este objeto envió una formidable expedición compuesta de 200 velas y 25.000 hombres, que, por vientos contrarios, no pudo llegar a Barbadas hasta abril de 1796. El general Abercromby, jefe de las fuerzas de la expedición, se encontraba en aquella isla desde el mes de febrero.

Abercromby recibió, junto con la noticia de la guerra, orden de invadir a Trinidad y después a Puerto Rico. El general inglés preparó una expedición también formidable que fácilmente conquistó la pequeña isla de 350 kilómetros de circuito.

La escuadra, con los poderosos elementos que subyugaron a Trinidad, se reunió en la islita de Carriacou, la mayor de las Granadinas, situadas a igual distancia de Martinica, Barbadas y Trinidad. Salió de allí la expedición, al mando del almirante Harvey, compuesta de 59 buques con 1.244 cañones y 6.750 hombres, de fuerza de tierra solamente, entre los que venían 1.700 alemanes. Las tropas enemigas podían aumentarse, al ser necesario, con los numerosos marinos de la escuadra.⁷

Cuando la tarde del 17 de febrero de 1798 se formaron las tropas españolas en la calle del cuartel para revistarlas, llegaron a contarse cerca de 600 hombres, con algunos que se sacaron de los puestos de guardia. Unos estaban armados de fusiles, otros de

⁷ El número de buques, cañones y hombres de que se componía la expedición inglesa lo tomé de documentos oficiales, en el Archivo Nacional, y está de acuerdo con los datos que trae Borde en su *Histoire de l'île de La Trinité*.

pistolas y los demás de sables. "De las tropas que vi sobre las armas —declara el cirujano Herrera—, y el puñado de marinos que los acompañaba, había más de un tercio con fiebre, hinchazones y otros mil males que deja tan cruel enfermedad", la fiebre amarilla que habían padecido. A esto se redujo el ejército de Trinidad que debía oponerse a invasión tan grande.

En el interior de la isla no se podía contar con nada, ni ofrecía seguridades de ninguna clase para emprender una retirada; además, faltaban víveres y municiones para intentarlo.

Los principales comerciantes y labradores suplicaban al gobernador Chacón, tanto de palabra como por escrito, que capitulase, sin dar lugar a que los ingleses incendiaran la isla; y la escuadra, que estaba lista para el bombardeo, destruyera las casas y poblados de las costas con sus 1.244 cañones, porque entonces todos serían reducidos a la ruina.

No podía tampoco recurrirse a una guerra de montaña por carecerse de fuerzas y por los diferentes partidos en que estaba dividida la gente de color, libres y esclavos, los cuales eran casi la totalidad de la población y, en su mayoría, de las Antillas francesas. Para nada podía contarse con ellos, pues se temía la repetición de las sangrientas y repugnantes escenas de las colonias vecinas, en especial los horrores de Haití.⁸

Chacón reunió un consejo de guerra, al que asistieron los principales jefes, y convinieron unánimemente entregar la isla, en atención a la imposibilidad de resistir a los invasores.

La capitulación se firmó el 18 de febrero de 1797, a las cuatro de la tarde, cerca de la ciudad de San José, en la casa Valsyn, la cual los ingleses han conservado como monumento histórico.

Por la capitulación pasaron Trinidad y las pertenencias del gobierno español en la isla a ser propiedad de Inglaterra.

Abercromby nombró gobernador de la isla a Sir Thomas Picton, cuyo gobierno se redujo a someter al yugo inglés los elementos rebeldes de la población y lo consiguió tan completamente, como que estableció la paz, inalterada desde entonces, y en la que reposa el progreso que tiene hoy Trinidad.

Como base de su política, Picton se granjeó la buena voluntad de los comerciantes, hacendados y gente de posibles, pero fue duro y hasta cruel con el pueblo. Fomentó el comercio de tal modo, que los contrabandistas encontraron en la isla almacenes muy bien provistos y, debido a ello, ejercían el tráfico ilegal con tanta actividad que no dieron abasto para impedirlo los guardacostas, patrullas y buques de todas clases que empleaba el gobierno español con ese fin. Un comerciante que describe a Caracas, en 1797, dice era tan grande ese comercio ilícito, que del capitán general para abajo todo el mundo estaba vestido con ropa de contrabando; y Depons expresa que casi un millón de pesos se gastaba anualmente en la sola provincia de Caracas en dicho tráfico con Trinidad. Al mes de haber conquistado a Trinidad, el gobierno inglés pensó en un plan para separar la América de España, usando aquella isla como base de operaciones, por lo cual el secretario de guerra Henry Dundas ordenó a Picton, en ese mes de marzo, que

⁸ Historiadores de Trinidad extranjeros, le achacan toda la culpa de la pérdida de la isla al gobernador Chacón y al general Apodaca, para excusar a los franco-antillanos, que exceptuando seis, desertaron, en masa, el día del ataque inglés. Los clamores de *¡traición!*, que Borde dice haberse oído (y lo sabe por "traición de familia") sin duda alguna referíanse a estos desertores. El gobierno español de entonces, que no quiso fortificar a Chaguaramas ni enviar a Trinidad las guarniciones necesarias, de acuerdo con los planes, que de tiempo atrás, le había enviado Chacón, condenó a aquellos desdichados generales, para ocultar la culpa del gobierno de Madrid en la pérdida de la isla. La expedición de Abercromby atacó después a Puerto Rico, pero las fortalezas de esta isla la rechazaron fácilmente. (Véase mi estudio inédito, en el Archivo de la Academia.)

estudiara la manera más a propósito de llevar a cabo la separación; que fomentara las comunicaciones que los trinitarios habían tenido con el resto de Venezuela antes de la capitulación y, además, les diera a los habitantes del continente la seguridad de que encontrarían en la isla un emporio comercial. Le agregaba que Puerto España debía declararse libre "con tráfico directo con la Gran Bretaña", para alentar el comercio con El País del Orinoco. También Picton debía de asegurar a los venezolanos que cuando quisieran oponerse a la autoridad de la metrópoli encontrarían en Trinidad todos los recursos que pudiera dar el gobierno inglés: ya fueran fuerzas, armas o municiones. Éste fue el origen de la *Proclamación* que hizo circular Picton en Venezuela, dirigida a los cabildos y habitantes de la costa firme, excitándolos a la independencia y prometiéndoles ayuda efectiva de todas clases. Ofrecimientos que le dieron ánimo a España y Gual para arreglar sus planes libertadores que abortaron el 13 de julio de ese año. La política inglesa entonces, como después, se limitó únicamente a fomentar la anarquía en El País del Orinoco.

Mucha indignación causó en Francia la captura de Trinidad por los ingleses. En las conferencias de Lila, de 1797, el Directorio propuso por condición *sine qua non*, para la paz, que se devolviera Trinidad a España.

El enojo de los venezolanos había sido muy grande, y el capitán general Carbonell pasó orden a los gobernadores de Cumaná, Guayana y Margarita en que les prevenía publicasen bandos prohibiendo, bajo pena de la vida, que se prestaran auxilios de víveres a los ingleses, especialmente a los de Trinidad; Carbonell a más de esto dio resoluciones para contener el ingreso a Venezuela de los extranjeros inmigrados a Trinidad, aquellos que no quisieron defender la isla.

Picton recibió instrucciones, a mediados de 1797, de informarse, valiéndose de la situación geográfica de la isla, sobre las condiciones civiles y militares del resto de Venezuela, la naturaleza y extensión de su comercio, leyes, reglamentos y disposiciones generales de sus habitantes.

En esa misma época el gobierno de Londres aprovechaba el patriotismo de Miranda y apoyaba el gran apostolado del Precursor para revolucionar la América española con aquel fin. A mediados de febrero del 98 Inglaterra expuso que si España podía conservar su independencia e impedir mudanza radical en su gobierno no fomentaría los planes de Miranda. Pero si España caía bajo el dominio de Francia, entonces instigaría la revolución en nuestro continente para que aquella república no se aprovechara de los recursos de Sur América. Al mismo tiempo se preparó una expedición en Trinidad para enviarla a Tierra Firme.

Un año después Gual estaba en Trinidad y con su correspondencia hizo que Miranda juzgara erradamente el ánimo de los venezolanos en general, los cuales no querían la independencia, ni aún para esa época los mismos "mantuanos" de Caracas, que más tarde la consumaron.

Miranda, conocedor del móvil económico que impulsaba a Inglaterra contra España y sus colonias, y seguro de conseguir su objeto si lograba inspirar temores comerciales al gobierno de Londres, hizo propaganda por la prensa en este sentido e informó a Castlereagh que si no se aprovechaba el espíritu revolucionario de los hispanoamericanos, Francia les daría a éstos la ayuda necesaria para realizar su independencia de la metrópoli y excluiría a los fabricantes ingleses del mercado de esa parte del mundo. Lo cual motivó que se ordenara a Picton enterarse del estado real de las colonias vecinas, de modo que se pudiera proceder a separarlas de España, sobre bases firmes, que ofrecieran oportunidades razonables para el buen éxito. Miranda y Picton eran los elegidos para conducir la expedición en caso de que Inglaterra decidiera enviarla. Los dos generales instruyeron separadamente al gobierno británico de las

condiciones especialmente ventajosas que ofrecía la provincia entre el Orinoco y el golfo de Venezuela.

Todas esas razones obraron en el ánimo de Inglaterra para considerar nuevamente los planes libertadores de Miranda y arregló una expedición de acuerdo con ellos, que estaba lista a salir para Caracas cuando empezaron los preliminares de la paz de Amiens, en octubre de 1801.

No solamente perdimos la oportunidad de adquirir la independencia con los preliminares de la paz de Amiens, sino también fueron causa de que España perdiera definitivamente a Trinidad.

Al saber la noticia de los preliminares de paz, Picton formuló una representación y Abercromby otra para que Trinidad no se restituyese a España; y a más de esto, los comerciantes que habían prosperado bajo el gobierno inglés, firmaron una petición con el mismo objeto y a nombre de la población entera. Sobre todo, Inglaterra, que desde hacía años consideraba de suma importancia a Trinidad —de tal modo que había propuesto hasta cambiarla por el peñón de Gibraltar— puso su empeño en que Bonaparte, árbitro de España, le concediera aquella isla.

El Primer Cónsul para gobernar a España llevó al poder a Godoy, luego la obligó a la guerra con Portugal y a que le cediera a Francia territorio en Guayana. Bonaparte había vendido, además, la Luisiana a los Estados Unidos, a pesar de su formal promesa de no enajenarla sino a España. Así no debe causar sorpresa que cuando comenzaran los preliminares de la paz de Amiens, el gran corso, para halagar a Inglaterra y sacar mayores ventajas para Francia, oyera las representaciones que le hizo Castlereagh y accediera gustoso al especial interés que demostró Inglaterra de conservar a Trinidad. Bonaparte le concedió nuestra isla a la Gran Bretaña sin siquiera consultar al desgraciado gobierno español de aquel entonces.

Muchos patriotas venezolanos se refugiaron en Trinidad cuando la guerra de nuestra independencia; y siempre después, junto con Curazao, ha sido el foco de todas las revoluciones contra los gobiernos de Venezuela.

Los habitantes de la isla viven prácticamente de Venezuela. Los magníficos y grandes almacenes de Puerto España no son para llenar las muy escasas necesidades de Trinidad. Los principales compradores son los contrabandistas, que han tratado siempre de ejercer activamente el tradicional y clandestino tráfico.

La población actual de Trinidad es de 230.000 almas, de las cuales una pequeña minoría son blancos puros. Muchos de los habitantes son venezolanos, entre quienes se cuentan los principales propietarios de la isla. La tercera parte de los pobladores son *culíes*, que fueron a reemplazar los esclavos que no quisieron labrar más los campos bajo el patrocinio de sus antiguos amos cuando se les dio la libertad.

Los ciento veintidós años de venturosa paz en que han vivido los trinitarios bajo el sabio gobierno inglés le han dado prosperidad notable a Trinidad, y la bella isla que en otros tiempos perteneció a la Capitanía General de Venezuela, y desgraciadamente perdimos, es una prueba manifiesta de que en los ardientes trópicos, como en otras latitudes, se pueden alcanzar, con paz y buen gobierno, todas las ventajas de la civilización moderna.